

La imagen de Turquía en la América criolla, 1770-1930

Por *Hernán G.H. TABOADA**

*Si dispusiéramos de buenas traducciones
de los libros turcos tendríamos mejor y
más duradera opinión de ellos que lo que
en el día reina generalmente en Europa.*

Francisco de Miranda, 1786

EL IMAGINARIO EN TORNO A TURQUÍA constituye una de las numerosas facetas del orientalismo, que también tiene una faceta india, persa, egipcia, china o japonesa, entre otras que se van agregando, cada una con sus peculiaridades. Junto a esta repartición geográfica de los objetos representados, hay otra de los sujetos que los proponen, de modo que, junto al orientalismo de los países centrales y el autoorientalismo de los propios orientales encontramos orientalismos periféricos como los desarrollados en la América criolla.

Estos últimos han sido tema en años recientes de varios trabajos, y en éstos no faltan referencias al imaginario sobre Turquía que engloban, pero el mismo no ha sido objeto de una atención exclusiva, como sí lo ha sido la versión otomana de América, que se manifestó desde el siglo XVI en una primera cartografía y en algunos tratados histórico-etnográficos. Tal como se verá a continuación, lo cual por otro lado es válido para todo nuestro orientalismo, las representaciones criollas algo nos pueden decir sobre su referente, Turquía, pero revelan mucho más sobre las corrientes de pensamiento y los procesos seculares de cambio que en esta América transcurren.

1. Las varias herencias

LAS más antiguas imágenes de Turquía en la América española o portuguesa remontaban al temor que suscitaron las conquistas

* Investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México; e-mail: <haroldo@unam.mx>.

otomanas del siglo xvi, hechas de impiedad, desenfreno e inmisericordia. El Barroco agregó la del despotismo sultanal que se oponía a una supuesta tradición de libertad característica de las monarquías nobiliarias europeas. La Ilustración ahondó en esta última interpretación, haciendo del despotismo oriental una categoría principal de su pensamiento político, del cual eran los turcos un ejemplo prominente. En el siglo xviii todavía se recordaba y celebraba a Lepanto, la iconografía oficial presentaba al rey de España como vencedor del Turco y en las misiones capuchinas del Orinoco se le preguntaba con inquietud a Humboldt (1801) si ese formidable enemigo se mantenía tranquilo.

En tan largo periodo, tales imágenes fueron incorporando matices: en sus momentos de auge, el Turco también podría ofrecer facetas de generosidad, hidalguía y magnificencia, ser asociado a justicia estricta, a obras imponentes, a la suntuosidad de Constantinopla o a bellezas circasianas. En periodos de decadencia hasta alcanzaba a ser pintoresco. El desfile que en la Lima de 1723 nos describe Pedro de Peralta Barnuevo incluía varias naciones con sus trajes, y entre ellas “turcos con vistosos turbantes, marlotas y demás partes de su moda”, junto a españoles, franceses e incas. Los nombres de otomanos y jenízaros fueron usados para bautizar barcos.

Algún contacto real hubo. El único o por lo menos el más conocido viajero criollo que en esa época visitó el imperio otomano, Francisco de Miranda (1786), no dio una imagen enteramente negativa del mismo: leyó literatura sobre la región, observó con ojos imparciales y anotó la necesidad de conocer directamente a ese régimen, generalmente denostado por los autores europeos. Al año siguiente (1787) España y el imperio otomano establecieron relaciones diplomáticas. El embajador otomano manifestó inmediatamente interés por las posesiones americanas de España y para comienzos del siglo xix, a los puertos americanos habían empezado a llegar barcos de bandera otomana y hasta se registra un par de individuos del mismo origen.

Años después, el *Memorial de agravios* del neogranadino Camilo Torres (1809) incluía la embajada española en Estambul entre los dispendios inútiles. Era señal de que en América se estaban perdiendo ciertos matices favorables, y efectivamente la imagen

de Turquía en la América insurgente tendió a ser uniformemente negativa. Rotas las hostilidades entre realistas y patriotas, fue común el tópico del despotismo otomano para caracterizar a España. Más de un funcionario fue acusado de ser tan déspota o polígamo “como el señor de Constantinopla”. La comparación no era nueva: con intención elogiosa había aparecido en cierta literatura española, con cariz negativo en pensadores transpirenaicos. Entre éstos fue muy conocido en la América criolla el abate Dominique de Pradt, quien ensayó la comparación en su muy leído *Les trois âges des colonies* (1801).

Cuando estalló la Guerra de Independencia griega (1821-1831), esta analogía tuvo un punto más de apoyo: la prensa patriota, que para tal tema dependía enteramente de la prensa europea, incluyó a menudo información sobre el levantamiento griego, lo ensalzó y lo asimiló al propio. No faltaron combatientes griegos en la lucha americana y americanos en la griega. Hubo una propuesta de establecer en América a familias griegas que huían del despotismo otomano.

El rechazo así organizado se mantuvo aún en las décadas posteriores a la Independencia, cuando el romanticismo trajo a América alguna imagen positiva del Oriente. Se ha detectado cierta turcofilia en la primera prensa republicana, pero se manifestaba en uniformes militares, en disfraces que a menudo se nos mencionan en fiestas o desfiles, en lo que se denomina como “música turca”, ejecutada por bandas locales. Se ensalzaban los jardines de los turcos, y éstos también podían inspirar obras de teatro (la toma de Constantinopla, Solimán, el Turco en Italia, la esclava de Negroponto, para retomar nombres de obras representadas entonces) o las primeras pinturas orientalistas que llevaron a Chile el francés Raymond Monvoisin y a Argentina el italiano Ignacio Manzoni.

Eran sin embargo usos marginales. Las referencias orientalistas fueron generalmente a la poesía persa, a la arquitectura andalusí, a *Las mil y una noches*, a la Arabia preislámica, a Al-Andalus, a la sabiduría de la India, a China o Japón, rara vez a Turquía. Hacia ésta fue hostil el ensayo social y político. Por un lado los conservadores continuaron la diatriba contra una potencia que perseguía al cristianismo. Al cargo de despotismo, por su parte, los liberales ahora agregaban el de descuido urbanístico y de atraso económico:

“No se puede trabajar como un africano o un turco y vivir como un europeo”, escribía el argentino Juan Bautista Alberdi, quien también notaba cómo Argentina tenía mayores posibilidades que Perú, México, Venezuela, Brasil o Turquía, “también adolescentes de la misma crisis actual”. “No coloniza la Turquía, sino que arruina cuanto toca”, señalaba Domingo Faustino Sarmiento en una línea en él muy frecuente.

En algunos casos empezó a haber un conocimiento directo cuando algunos viajeros criollos llegaron al imperio otomano: los primeros en hacerlo, hacia los años de 1820, fueron peregrinos que se dirigían a Tierra Santa y en ocasiones pasaban por Estambul, aunque también podían evitar este camino y tomar el de Egipto. Rara vez se internaban en Anatolia. Sus relatos de viaje no dicen mucho, suelen ser crónicas apresuradas y muy dependientes de los modelos que suministraba la bibliografía europea, su interés estaba en los monumentos visitados y casi nada en el mundo social que los rodeaba. Hubo excepciones: el colombiano José Hilario López visitó gran parte de Turquía hacia 1840 y estuvo acompañado por los libros de viaje de Lamartine y Chateaubriand. Aun contando con esos pocos viajeros mejor informados, el contacto directo rara vez dio en una mayor comprensión y la imagen que brindan los relatos criollos poco difiere de la que ofrece la prensa o el ensayo.

Un agravante es que la imagen así construida tenía mucho que ver con el sempiterno afán de asimilación de la cultura criolla: denostar las otredades establecidas por los europeos era una forma de asimilarse a éstos. Empresa vana: un motivo que aparece a menudo en la pluma de diplomáticos o viajeros europeos, que por otra parte se estaba convirtiendo en lugar común, fue la equivalencia entre nuestros países y todo tipo de países marginales, entre ellos el imperio otomano. Se debía en parte al carácter uniformador de los prototipos: una exposición de curiosidades aztecas montada en Londres en 1824 incluía objetos de Egipto y Turquía. Si ésta era “el hombre enfermo”, México también fue así designado por la diplomacia europea. Una carta del argentino Manuel Moreno (1833) lamentaba el poco crédito de su país en la plaza financiera de Londres, donde los tienen “como a país de turcos y argelinos, que no guardan formas y a quien tampoco se le guardan”. Lamentaba Napoleón III que Constantinopla y Centroamérica, las

más interesantes y bellas regiones del globo, estuvieran en las peores manos: en las de los turcos y las de los centroamericanos. Y nosotros mismos asumimos resignadamente la comparación, como cuando el ecuatoriano Juan Montalvo hablaba de “nuestras repúblicas turcas” o el argentino Félix Frías así decía al lamentar la expansión estadounidense a costa de México: “esa Turquía de América lo pierde todo, incluso el honor: no imita siquiera a los musulmanes que saben defender con gran brío el suelo en que han nacido”.

2. Conociendo a Turquía

ALGUNA modificación a esta tónica general empezó a notarse a mediados del siglo XIX. Se había abierto camino cierta tolerancia, y por otro lado ya el imperio otomano había dejado de ser temible, y hasta podía dar lugar a la burla, a caracterizaciones jocosas: los turcos “miden los grados de hermosura de las mujeres por la mayor o menor circunferencia de los cuerpos de éstas”, según el lugar común que repetía en sus memorias (1847) el centroamericano Antonio de Irisarri. Cuando en 1857 se debatió en México la libertad de creencias y alguien suscitó el temor que pudiesen llegar turcos con sus costumbres polígamas, Francisco Zarco minimizó el peligro: “no sé dónde se espera que broten turcos en nuestro país. Un turco en París es un verdadero acontecimiento, un turco en cualquier corte de Europa es una cosa extraordinaria, porque los turcos no viajan, porque los turcos no emigran, porque los turcos no van a fundar colonias”.

Tales expresiones derivaban de mucho prejuicio, pero también revelaban una mayor intimidad con el tema. Algunos de esos pocos turcos de París a veces se encontraban con viajeros criollos, como cuando Juan Bautista Alberdi asistió al esplendor de una recepción en la embajada otomana y escuchó ahí noticias de la guerra en Siria. Sobre ésta también informaba en nuestros países la sección internacional de los periódicos de forma más frecuente y exhaustiva, a medida que la Cuestión de Oriente se convertía en elemento principal de las rivalidades europeas y sus detalles llenaban la prensa metropolitana de la que se nutría la nuestra. Los escritos de Lamartine, su *Viaje a Oriente* (1846) y su *Historia de*

Turquía (1854), en general favorables, estaban difundidos, y el segundo hasta tuvo una edición mexicana.

Como consecuencia, y aunque exageraba, “entre nosotros todos saben algo de la historia francesa y turca, y nadie sabe nada de la nuestra”, como criticaba el argentino Vicente Fidel López en 1856. Posiblemente porque en esos años la Guerra de Crimea (1853-1856) había renovado el interés. En ella, Gran Bretaña y Francia estuvieron del lado otomano contra Rusia, la cual se había convertido desde hacía unas décadas en el país que peor imagen ofrecía. En vez de agresora, Turquía se veía cada vez más como una víctima, su debilidad la convertía en blanco de las ambiciones europeas. Un periódico mexicano retomaba el tema antes aludido, estableciendo una analogía con la situación de México frente a Estados Unidos.

Había otra faceta, cuando la prensa hablaba de la participación turca en ferias internacionales a las que también México concurría, informaba del avance de ferrocarriles, telégrafos, luz eléctrica que se adoptaban en Turquía, de que ésta abría sus puertos al comercio mundial. No faltaba quien invertía en papeles de la deuda otomana. Más importante, empezó a haber noticia de las reformas que se llevaban a cabo en el imperio otomano, en el periodo llamado del Tanzimat (1839-1876), y de la acción de los Jóvenes Turcos, reformistas que se inspiraban en los movimientos liberales europeos. Dentro del mismo debate sobre tolerancia religiosa antes citado (1857), el diputado liberal José María Mata señalaba cómo “Turquía, esa nación fanática que por tantos años ha permanecido segregada de la comunidad europea, esa nación donde el nombre cristiano era escarnecido, vilipendiado, acaba de sacudir las funestas y bárbaras preocupaciones que la dominaron y ha proclamado el gran principio de la libertad de conciencia”. Con ello, “la Turquía se *europiza* y nosotros nos *aturquizamos*”, como escribía el filósofo cubano José de la Luz y Caballero en 1846.

Fue este periodo el marco de los primeros contactos oficiales. Con el imperio brasileño tuvo el imperio otomano tratados consulares a partir de 1850. Se sabe de una iniciativa en este sentido de parte del presidente venezolano José Antonio Páez (1857), sin que tuviera continuación. Con la Cuba todavía colonia española, hubo relaciones consulares desde 1868. Más ambiciosa fue la acción del emperador Maximiliano en México, quien envió una misión (1864-

1866) destinada a abrir un consulado mexicano en Tierra Santa y a establecer lazos diplomáticos permanentes con Turquía. La iniciativa se deshizo después de la caída del emperador (1867), y México tendría que esperar hasta el siglo xx para entablar de nuevo relaciones, ahora con la Turquía republicana.

Poco sabemos de lo que ocurría por debajo de estos contactos oficiales. Un episodio a señalar es la visita, casual, del imam Abdurrahman al-Baghdadi a Brasil en 1865. Súbdito otomano, el imam entró en contacto con la comunidad islámica de origen africano y dejó un escrito en árabe sobre su experiencia. El mismo fue resguardado en un archivo otomano. Hacia la misma época empezaron a llegar a América inmigrantes provenientes de ese imperio otomano. Podían ser sefardíes de Estambul, Esmirna o Salónica, cuya migración a México trató de fomentarse, o turcos y kurdos étnicos, pero en general eran arabófonos de la Gran Siria, que venían con pasaporte otomano, portando fez y a veces galabiya. En los registros aparecen con varios nombres (árabes, libaneses, otomanos) pero popularmente fueron por doquier denominados *turcos*. Más tarde rechazaron ser turcos, individualmente o en las revistas comunitarias, y reclamaron una identidad árabe. Varios testimonios prueban, sin embargo, que durante las primeras décadas la mayoría aceptaba el nombre, que conllevaba en su tierra cierto prestigio: era común que tiendas, asociaciones comunitarias y periódicos portaran una referencia a Turquía y al imperio otomano.

Crecía paralelamente la cantidad de información. La prensa se hacía más abundante y detallada. Los libros europeos de historia, geografía, ciencia política o viajes se difundían. La técnica tipográfica permitía mayor difusión de grabados y pinturas. La imagen de Estambul que transmitían condecía con el gusto decadentista de la época: droga y placeres prohibidos se fueron asociando con su nombre y se hicieron populares las novelas y crónicas de Pierre Loti, que tuvieron numerosos lectores y algunos imitadores en América Latina: el poeta chileno Augusto D'Halmar viajó a Estambul acompañado de su ejemplar de Loti y ensalzó el turco, “la lengua maravillosa que comienzo a balbucear”. El vocabulario mismo se renovó: junto a los tradicionales sultanes, jenízaros, odaliscas, ahora se evocaban boshandis, efendis, bachibuzuk. Los hermanos Rufino José y Ángel Cuervo recogieron (1878) entre la

comunidad sefardí de Estambul apuntes para sus estudios sobre el lenguaje bogotano.

Sin embargo el siglo se fue cerrando con el eclipse del momento liberal del imperio otomano y con la imposición del gobierno absoluto de Abdul Hamid II (1876-1909). Nada tenía que pudiera atraerle elogios. En México, el periodista Carlos di Fornaro lo comparó, por su cronología y despotismo, con Porfirio Díaz (1876-1910), comparación bastante adecuada por lo menos en lo primero. Agregaban al discurso antiturco los inmigrantes que llegaban de los Balcanes, albaneses, macedonios o búlgaros, y sobre todo los armenios. Las matanzas que sufrieron éstos fueron denunciadas en la prensa y sobre el tema insistía el peruano Manuel González Prada. La migración “turca” había empezado a suscitar oposición, y contra ella se elevaron protestas desde la prensa, a menudo ocasionadas por la competencia comercial que los vendedores ambulantes árabes representaban, y se dictaron leyes que prohibían su ingreso, generalmente poco respetadas.

Nuevamente se llegaba a un fin de siglo con una mala opinión de Turquía.

3. Apreciaciones

EL nuevo siglo significó cambios en la arquitectura internacional que tuvieron su reflejo en el mismo imperio otomano. La Revolución Turca (1908) produjo gran entusiasmo dentro de sus fronteras y también lo suscitó fuera: en la argentina Tucumán se nos relatan las escenas de algazara y nuevo orgullo de la comunidad árabe ante el suceso. La guerra ítalo-turca (1911-1912) se reflejó en disputas entre las comunidades italianas y las árabes en Buenos Aires o México, que por primera vez mostraban una faz combativa. Residente en Europa, el venezolano Rufino Blanco Fombona anotaba en su diario la molestia que le provocaba ese ataque italiano, así como otros que llevaba a cabo el imperialismo europeo en Asia y África.

Era parte la molestia de este autor de una nueva actitud de la intelectualidad latinoamericana hacia Europa y Asia. La idea de la civilización como patrimonio exclusivo de Europa iba cediendo lugar a un espíritu más amplio, en el cual podían también tener lugar manifestaciones de solidaridad con Asia y África, en

las cuales podía buscarse inspiración estética, moral e inclusive política.

En ese mismo clima mundial se establecieron las primeras relaciones permanentes entre Turquía y algunos países latinoamericanos con la apertura de consulados otomanos en Argentina (1910) y Chile (1913), mientras en México la iniciativa se frustró debido a la Revolución. Los cónsules que llegaron establecieron contacto con las comunidades locales, que empezaron a utilizar la bandera y el himno otomanos. Bajo inspiración de Estambul se llevaron a cabo acciones para mejorar su imagen, como la donación, en ocasión del centenario de las independencias (1910), de un monumento en Santiago de Chile, del Reloj Otomano en la Ciudad de México, de un avión en Ecuador. Contribuyó también la acción cultural de personajes como Antonio Letayf en México y del Emir Arslan en Buenos Aires.

Este tibio acercamiento se frustró con la Gran Guerra (1914-1918), que dio un nuevo giro a las relaciones. Los Imperios Centrales tenían escasos partidarios en América Latina, y menos tuvieron los otomanos. Hubo voluntarios latinoamericanos que combatieron en la Legión Extranjera francesa y de ellos algunos terminaron en el frente del Egeo o los Balcanes. En el bando turco combatió el aventurero venezolano Rafael de Nogales Méndez en los frentes de Anatolia, Iraq y el Sinaí, pero las memorias que dejó no transmitían tampoco una imagen muy positiva del ejército y el gobierno de Turquía.

Ésta intentó durante la guerra continuar su labor propagandística en América Latina, sostenida por Alemania, entre las comunidades árabes, pero más eficaz terminó siendo la propaganda del nacionalismo árabe asociado al jerife Hussein, que estaba apoyada por Gran Bretaña y Francia. Se difundió crecientemente en América Latina, como en el Medio Oriente árabe, la versión de una época oscura de despotismo turco como causante de la decadencia árabe, una imagen negra que sintetizaba (1916) un periódico colombiano al citar a un poeta sirio: “El nombre de turco sintetiza todos los vicios, las bajezas, la malicia, cuanta sangre han vertido injustamente, cuantas veces han desgarrado el honor de nuestras esposas y de nuestras hijas”.

Parecía el último clavo sobre el desprestigio de Turquía, pero un vuelco a la misma significó la reacción nacionalista dirigida

por Mustafa Kemal Atatürk a partir de 1918. El argentino Manuel Ugarte la vio como un ejemplo de una comunidad que había sabido reaccionar, en un levantamiento nacional en defensa del Oriente. El boliviano Alcides Arguedas consideraba a Atatürk como un ejemplo a seguir; el venezolano Alberto Adriani hablaba de grandes reformadores, desde Pedro el Grande “hasta ese curiosísimo Mustafa Kemal, que de los despojos de un imperio supo levantar en diez años de tarea la joven nación turca”.

Mayor atención parecen haber prestado al estadista turco el militar y político paraguayo José Félix Estigarribia (1888-1940), quien tenía como libro de cabecera los escritos de Atatürk, o el peruano José Carlos Mariátegui, quien situaba a la insurrección turca en la estela de agitaciones inspiradas por un nacionalismo revolucionario, como la rifeña, egipcia, china e hindú, y veía a Atatürk como alguien que había vencido a los europeos europeizándose. Inclusive en la opinión de las comunidades árabes, generalmente antiturcas, tuvo un papel honorable la figura de Atatürk: a su muerte la revista comunitaria mexicana *Emir* le dedicó un necrológico y le expresaron su admiración personajes como el brasileño Tawfik Duoun o el colombiano Mansour Turbay.

La manifestación más notable de este entusiasmo fue la obra del argentino Jorge Gastón Blanco Villalta (1909-2003). Hijo de un diplomático, conoció desde muy corta edad Grecia y Turquía y después él mismo sirvió como vicecónsul argentino en este último país, hasta llegar a ser embajador (1930-1935). Según cuenta Blanco Villalta, el tango fue llevado primero de París y después, debido a la presencia en Estambul de Eduardo Bianco, se había difundido y llegó a ser muy popular e inspiró una tradición de tango local que todavía continúa (hoy se habla de Estambul como la segunda capital del tango). El baile entonces llamó la atención de Atatürk, quien en varias ocasiones pidió a Blanco Villalta que le enseñara unos pasos. A partir de ahí nació cierta frecuentación y una gran admiración del argentino por el presidente, lo que dio lugar a una biografía (*Kemal Atatürk: el dictador democrático de la nueva Turquía*, publicada en Buenos Aires en 1939), pionera en la bibliografía en castellano, y que fue traducida al inglés más tarde. También publicó Blanco Villalta un libro de viajes por Turquía y una monografía sobre literatura turca.

Era una novedad, lo que en su época hubiera querido realizar Francisco de Miranda, un primer estrechamiento directo de manos. Cuando se tradujo su libro al inglés, cuarenta años después (1979), Blanco Villalta podía referirse a Atatürk como un precursor del pensamiento del Tercer Mundo. Muchas cosas habían ocurrido, en efecto, de uno y otro lado, para posibilitar relaciones más diversificadas entre nuestra región y Turquía. El dependentismo de la segunda posguerra, el tercermundismo de los años sesenta y ciertas concomitancias políticas inclinaron a varios autores latinoamericanos a fijarse más en esa otra franja de la periferia del mundo moderno que fue el imperio otomano. Hoy día no faltan turcólogos latinoamericanos, como no faltan en Turquía especialistas en América Latina, y a nivel más masivo, se han hecho notar las traducciones de poesía y narrativa (primero Yasar Kemal, más recientemente Orhan Pamuk), la difusión de películas y telenovelas turcas y últimamente cierta popularidad del pensamiento de Abdullah Öcalan entre círculos radicales afines al zapatismo.

Se trata quizás del final de una relación mediada por Europa, que desde el comienzo desvirtuó nuestra comprensión de Turquía.

RESUMEN

Breve panorama de las visiones sobre el imperio otomano y Turquía en la historia de las ideas latinoamericanas, a partir del siglo XVIII. Se hacen notar ciertos matices favorables al inicio, pero una valoración generalmente negativa en el siglo XIX. Un vuelco final en la opinión sólo fue posible tras la Segunda Guerra Mundial y la reacción nacionalista de Mustafa Kemal Atatürk (1918-1938). El artículo recoge algunas apreciaciones favorables sobre este dirigente en América Latina y concluye con una sumaria proyección hasta nuestra época.

Palabras clave: orientalismo latinoamericano, liberalismo, tolerancia religiosa, migración, nacional populismo.

ABSTRACT

Brief panorama of the representations of the Ottoman Empire and Türkiye in Latin American ideas since the 18th century. Attention is drawn toward a few favorable nuances at the beginning, but the reader will notice mostly negative estimations throughout the 19th century. A final turnaround was possible after Second World War and Mustafa Kemal Atatürk's subsequent nationalist reaction (1918-1938). This paper also recounts the favorable appreciation this leader had in Latin America and closes with a summary projection to the present.

Key words: Latin American Orientalism, Liberalism, religious tolerance, migration, national Populism.